

vaciló, tan inútil y tan peligroso le parecía aquel movimiento. El ayudante reiteró, en el tono más absoluto, la voluntad del comandante en jefe. «¿Dónde hay que atacar? ¿Qué hay que hacer?» replicó el general, tanto más perplejo cuánto que apenas distinguía el grueso de las fuerzas enemigas disimuladas detrás de las colinas. «Allí está el enemigo, milord; allí están vuestros cañones,» repuso el capitán Nolan, señalando al extremo septentrional del valle (1). La orden era formal. Lord Lucán se fué al comandante de la brigada ligera, conde de Cardigán, y le mandó cargar. Este manifestó su sorpresa, objetó la indecisión del fin que se había de conseguir, deploró la pérdida casi inevitable de aquella magnífica caballería de que tan orgullosa estaba la Gran Bretaña, y sin insistir más se puso al frente de sus escuadrones. «¡Adelante!, exclamó, ¡adelante el último Cardigán!» Y lanzando su caballo á galope, dió la señal de la carga.

Desplegados por las escarpaduras del monte Sapune y dominando todo el campo de batalla, los franceses de la división Bosquet quedaron estupefactos al ver aquella soberbia tropa lanzarse sin apoyo contra un enemigo tan formidablemente defendido. «¡Alto! ¡Deteneos! ¡Eso es una insensatez!» gritaban centenares de voces, como si hubiesen podido ser oídas. Mientras tanto, ellos galopaban despreciando el peligro y queriendo, ya que la muerte era segura, que fuese al menos heroica. Llegan al extremo de la llanura, ganan las colinas, las pasan con toda la rapidez de sus caballos, que se meten por entre las masas rusas hasta entonces ocultas en las alturas. Al aspecto de aquel puñado de hombres, el ejército enemigo queda un instante lleno de estupor y parece desconcertado por tan increíble audacia. En seguida la artillería hace fuego con todas sus piezas, y la infantería acribilla á balazos á los temerarios embestidores. A pesar de todos los obstáculos, los ingleses continúan su carrera, especie de cabalgata loca, frenética, desesperada. De paso acuchillan una batería de cosacos, cargan contra la caballería enemiga, se encarnizan en su persecución y llegan á la vista del Tchernaiá. Un poco más y, llevados de un prodigioso impulso, llegarán al río, lo pasarán, ganarán Tchorgún y cruzarán de parte á parte las líneas moscovitas. Pero he aquí que los rusos, redoblando sus esfuerzos, les destrozan con sus fuegos cruzados. Entonces, y sólo entonces, los intrépidos jinetes se ven obligados á retroceder; retirada tanto más peligrosa cuanto que su ardor les ha llevado muy lejos. Retroceden, pero bajo tal lluvia de proyectiles que pelotones enteros caen por tierra. El desastre hubiera sido completo si dos escuadrones de cazadores de Africa, avanzando, no hubiesen desviado sobre ellos, por medio de una diversión muy rápida, una parte de las fuerzas rusas. Media hora había transcurrido desde el toque de carga cuando regresaron á las líneas inglesas algunos escuadrones mutilados en que todas las filas se confundían y en que galopaban muchos caballos sin jinete. Era todo lo que quedaba de la soberbia brigada ligera. Lord Cardigán había escapado á la muerte, pero la mayor parte de sus oficiales estaban muertos ó heridos; y de los 700 hombres

(1) Carta del conde de Lucán á lord Raglán, 30 de noviembre de 1854.

de ambos regimientos, 250 habían sido alcanzados por el enemigo (2).

Aquella sangrienta aventura fué el último acto de la lucha. El cañoneo continuó aún durante algunas horas, pero débilmente y sin causar daño, hasta que las primeras sombras de la noche separaron á los combatientes. De aquella batalla (si tal nombre puede darse á encuentros parciales y sucesivos) nadie salió vencedor ni vencido. En su golpe de mano sobre Balaklava, los rusos habían fracasado: por su parte, los ingleses se vieron obligados á abandonar los reductos y limitar sus líneas demasiado extensas. La jornada del 25 de octubre debió toda su fama al ataque de la brigada ligera. Al enterarse de la muerte de sus mejores hijos, la Gran Bretaña se estremeció de dolor al mismo tiempo que de orgullo. En los círculos de Londres, en el Parlamento, en la prensa, el sentido de las órdenes de lord Raglán fué discutido apasionadamente, pero sin que de las discusiones brotase toda la luz deseada, porque faltaba el principal testigo, el capitán Nolan, caído uno de los primeros en la pelea. El tiempo ha apaciguado las discusiones, pero no los recuerdos gloriosos. El inglés, tan positivo, es á veces amante de las leyendas; y la carga de lord Cardigán parece una leyenda de otra edad transportada al presente siglo.

VI

Tal fué el combate del 25 de octubre. Muy distinta fué, por la importancia de la lucha y la efusión de sangre, la batalla de Inkermann.

El ejército ruso no cesaba entonces de aumentar. Durante el mes de octubre habían tomado posición en torno de la ciudad 24 batallones, 12 escuadrones y 12 *sotnias* de cosacos. Unos procedían de Asia y otros del interior del Imperio. Esperábase otro refuerzo más considerable: el cuarto cuerpo, largo tiempo retenido á orillas del Danubio, pero ya innecesario en aquellas regiones que los aliados habían abandonado y que los turcos, vueltos á su acostumbrada apatía, no trataban de reconquistar. Estas divisiones, tan numerosas como aguerridas, habían penetrado ya en Crimea, y se esperaba que, á más tardar, llegarían el 2 de noviembre á Sebastopol. Calculábase que con tales refuerzos Menschikof reuniría una fuerza de 100.000 hombres, sin contar los marineros destinados al servicio de la plaza (3). ¿Quién, con tales recursos, se hubiera limitado á la defensiva?

Todo convidaba á grandes iniciativas. Los soldados moscovitas estaban orgullosos de haber resistido al último bombardeo. El resultado de la acción de Balaklava les había infundido nuevos alientos. Las fogosas predicaciones de los curas mantenían el entusiasmo. Dos hijos del zar, los grandes duques Miguel y Nicolás, acababan de llegar á Sebastopol, y su presencia exaltaba el valor de los defensores. Teniendo en cuenta la oportunidad, la conducta más audaz parecía ser también la más razonable. El ejército francés sólo contaba entonces 41.000 hombres; el inglés 20.000, y el turco de 6 á 7.000; pero no se ignoraba que Francia prepa-

(2) Kinglake, *The invasion of the Crimea*, tomo IV, página 357.

(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, segunda parte, pág. 437.

raba un nuevo refuerzo; que tres nuevas divisiones, ya organizadas en Tolón, iban á partir para Oriente, y que los rusos perderían pronto la pasajera ventaja de su superioridad numérica. Por consiguiente era preciso obrar, obrar pronto y aprovechar la suerte. A estas razones, para apresurarse, se añadía una consideración más poderosa que las demás, pero que los jefes se guardaban muy bien de divulgar. Por la parte del bastión del Asta, las fortificaciones francesas habían progresado en pocos días con una rapidez alarmante. «Ya no distamos más que 140 metros de la parte saliente del bastión,»

hacia las crestas orientales del monte Sapune, se hallaba establecida la división Lacy-Evans, casi igual en fuerza á la división Brown. Aquí acababan los campamentos ingleses, pero no las posiciones que el ejército británico estaba encargado de cubrir. Más allá de los últimos vivaques de la división Lacy-Evans, la meseta se prolongaba aún sobre una superficie de cinco á seis kilómetros cuadrados, hasta que descendía hacia la desembocadura del Tchernaiá. En este punto tomaba el nombre de meseta del Carenaje ó de Inkermann (2). Era un terreno estéril, estrechado al Oeste por el ba-



Lord Cardigan

escribía el general Canrobert (1). El mismo bastión había sido muy castigado por el tiro concentrado de las baterías, y los desperfectos diarios se reparaban difícilmente. En tales condiciones, ¿cuál sería el resultado de un asalto? ¿No convenía desviar el peligro por medio de algún golpe de mano?

¿Por qué lado se efectuaría este nuevo ataque, repetición de la sorpresa de Balaklava, pero en un cuadro y con medios mayores?

Se recordará que los ingleses estaban encargados de vigilar la parte Nordeste del monte Sapune, desde el camino de Voronzof hasta el curso inferior del Tchernaiá. Sea por insuficiencia de efectivo, sea por exceso de seguridad, nuestros aliados sólo habían ocupado una parte del vasto espacio confiado á su vigilancia. Desde el camino de Voronzof hasta el nacimiento del barranco del Carenaje se había escalonado la división ligera de sir Jorge Brown, compuesta de unos 3.500 hombres: un poco más al Este, en el sitio llamado el *Molino*, se alzaban las tiendas de la brigada de los Guardias, que contaba unos 1.600 combatientes. En fin, al Norte y

ranco del Carenaje, sajado al Norte por otros varios barrancos y principalmente por el de las Canteras, lleno de repliegues, erizado de malezas, propio para las sorpresas. En su centro se alzaba una especie de montículo llamado promontorio de los Cosacos. Le rodeaban, ó mejor dicho, le rodeaban dos caminos; ambos venían del Norte y, después de haber pasado el Tchernaiá por un puente llamado el puente de Inkermann, se elevaban á lo largo de las escarpaduras: el uno era el *camino de los Zapadores* que, siguiendo casi la bahía grande, entraba, cerca de Malakof, en el arrabal de Karelaiá; el otro era el *camino viejo de Posta* que atravesaba el campamento británico y empalmaba con el camino de Voronzof. Todos estos puntos, lejos de ser estrechamente guardados, parecían como olvidados en la defensa general. Los soldados de la división Lacy-Evans se habían contentado con edificar al extremo de sus vivaques, al borde de la meseta, una batería llamada «batería de los sacos de tierra,» y cortar con algunas trincheras el *camino viejo de Posta*. No es que les hubiesen faltado avisos. Los mismos rusos se habían en-

(1) Parte del 2 de noviembre (*Monitor* de 17 de noviembre de 1854).

(2) No confundir la meseta llamada de Inkermann con las ruinas del mismo nombre situadas á la derecha del Tchernaiá.

cargado de darles uno: el 26 de octubre, éstos habían lanzado de improviso algunos batallones sobre la meseta como para conocer de antemano el teatro de sus futuras operaciones. Desde entonces los jefes más autorizados, tales como el general Canrobert, el general Bosquet y sir John Burgoyne, habían manifestado sus inquietudes. A pesar de esto no se tomó ninguna medida eficaz. Sin embargo, allí estaba el punto vulnerable: así lo habían comprendido nuestros adversarios, y allí resolvieron empeñar la batalla.

El plan del príncipe Menschikof, plan muy sencillo y muy bien concebido, consistía en un ataque principal, ayudado por dos diversiones. El ataque principal fué confiado al general Dannenberg, secundado por sus dos tenientes, los generales Soimonof y Pavlof; Soimonof, al frente de un cuerpo de 18.000 hombres, había de salir de Karabelnaia durante la noche, reunir sus tropas cerca de la Estrella Pequeña, ponerse en marcha á las seis, pasar el barranco del Carenaje, subir á las alturas y arrojar sobre los campamentos británicos: al mismo tiempo, el coronel Pavlof, con 15.000 hombres, bajaría por las colinas de la margen derecha del Tchernaiá, atravesaría el río, subiría vivamente las escarpaduras de la meseta, operaría su conjunción con la columna Soimonof, y, gracias á esta comunidad de esfuerzos, acabaría de dispersar al ejército inglés. En cuanto á las dos divisiones, una y otra tenían por objeto paralizar toda intervención francesa: el príncipe Gortchakof, viniendo de Tchorgun con 22.000 hombres, amenazaría á la vez Balaklava y el cuerpo de observación del general Bosquet: algo más tarde, en la misma mañana y al otro extremo de las líneas, el general Timofeief intentaría una salida cerca del bastión de la Cuarentena y atraería sobre sí las fuerzas de nuestro cuerpo de sitio. El comandante en jefe ruso calculaba que, en caso de victoria completa, la meseta oriental de Quersoneso caería en su poder, y que los aliados, arrojados al extremo occidental de sus posiciones, se verían obligados á reembarcarse. Aun cuando no hubiese de obtenerse más resultado que la ocupación de la meseta de Inkermann, esta ventaja sería de mucha consideración, puesto que á un mismo tiempo facilitaría las comunicaciones de Sebastopol con el ejército auxiliar y se haría casi imposible el sitio del arrabal. Tal fué el plan de Menschikof. Pero fué retocado á última hora por el general Dannenberg, que pareció substituir el ataque común de Soimonof y Pavlof con dos ataques distintos; aunque Soimonof, puesto entre las instrucciones primitivas de Menschikof y las órdenes ulteriores de Dannenberg, pareció inspirarse á la vez en una y otra concepción. Esta mala inteligencia fué para los rusos una causa dominante de mal éxito.

El 3 de noviembre los últimos refuerzos llegaron á la vista de Sebastopol. Estando ya todo dispuesto, fijóse la gran acción para el día 5. El 4 de noviembre, por la noche, los puestos avanzados ingleses fueron relevados como de costumbre: eran débiles piquetes, no muy capaces de resistir á una sorpresa, sin contar con que la mayor parte de ellos estaban rendidos de fatiga antes de empezar la guardia, pues las enfermedades habían causado muchas bajas y los hombres válidos tenían que prestar doble servicio. La larga obscuridad de una

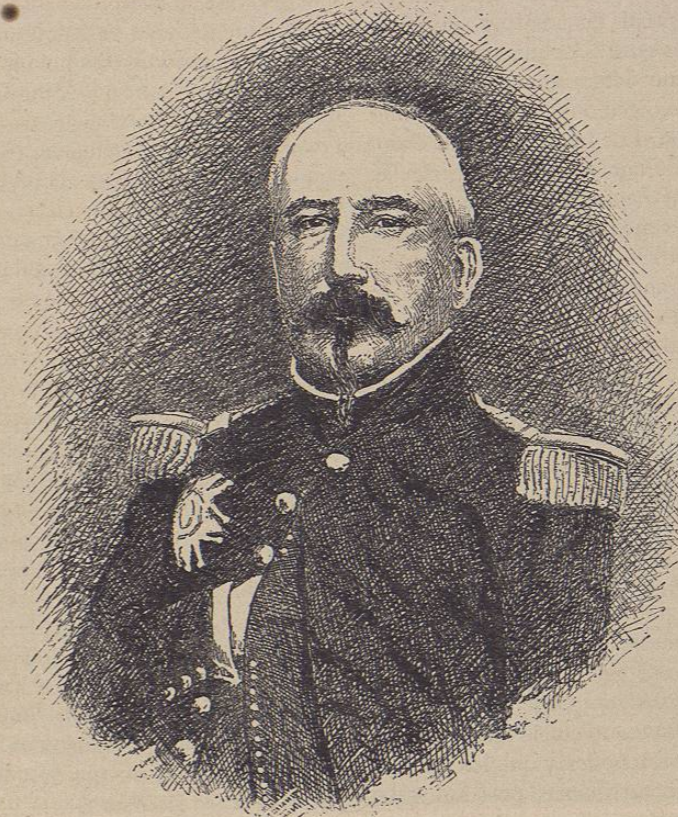
lluviosa noche de otoño disimuló los movimientos de los sitiados. Cerca de las tres se oyeron tocar las campanas de las iglesias; á pesar de lo matinal de este llamamiento, nadie hizo caso de él entre los aliados, tan frecuentes eran las ceremonias religiosas que reconfortaban al patriotismo moscovita. Aplicando más tarde el oído, se pudieron distinguir ruidos lejanos de ruedas y carretas; un sargento señaló aquellos rumores insólitos, pero sin que la advertencia despertara la atención. Se pensó que eran los *arabas* de los hortelanos tártaros que proveían al abastecimiento de la plaza. Entró cinco y seis, el brigadier Codrington hizo su ronda: los centinelas, rendidos de fatiga y mojados por la lluvia, se paseaban yendo y viniendo con ese paso regular que conlleva el sueño, pero no siempre el embotamiento de los sentidos; entre sus compañeros, unos procuraban encender lumbre para preparar el té, y otros se esforzaban en sacudir ese malestar matinal que sigue á una noche sin reposo. A las preguntas de su jefe los centinelas dieron su acostumbrada respuesta: *All right*. Sin embargo, fuese por presentimiento ó fuese por previsión, el general estaba inquieto. «No sería extraño, dijo á uno de sus oficiales, que los rusos se aprovecharan de las tinieblas para sorprendernos.» Esto dicho, arreó su caballo para continuar la inspección. Apenas se había alejado cuando oyóse, á tres ó cuatrocientos metros, la crepitación de la fusilería; y á través de la obscuridad se vislumbraron algunos hombres azorados que se replegaban en desorden en medio de sus camaradas: eran los restos de un piquete de la división ligera que los rusos acababan de copar. La batalla de Inkermann había empezado.

Soimonof, destinado á empeñar la primera lucha, había reunido sus tropas, á favor de la noche, cerca de la Estrella Pequeña. A última hora, una orden no muy clara del general Dannenberg le había mandado ponerse en marcha, no á las seis como en el proyecto primitivo, sino á las cinco, y había parecido ordenarle que diese la vuelta á la orilla occidental del barranco del Carenaje, sin pasarla. Soimonof había adelantado su marcha, pero, ateniéndose á las primitivas instrucciones, había pasado el barranco. Antes de las seis, los regimientos de Tomsk y de Kolivansk llegaron silenciosamente á la meseta mal guardada y se arrojaron sobre los puestos avanzados. Entonces resonaron los primeros tiros que detuvieron en medio de su ronda al brigadier Codrington.

Este corrió á su general de división, sir Jorge Brown, y luego hacia los vivaques de la división Lacy-Evans, más amenazada que las otras, como más próxima al enemigo. Propagóse la alarma por todos los campamentos. Despertados por la fusilería, los hombres se buscaban, cogiendo sus armas, se llamaban unos á otros y procuraban reunirse á través de las sombras. El ruido cada vez más intenso del tiroteo indicaba la inminencia del peligro. Los rusos habían instalado ya una batería en el punto más elevado de la meseta, y algunas balas de cañón desgarraron las tiendas, aumentando la confusión. En ausencia de sir Lacy-Evans, enfermo en Balaklava, el brigadier Pennefather tomó el mando y reunió como pudo su propia brigada. Empezaba á clarear, pero la neblina era tan espesa, que el día semejava la continuación de la noche. Los primeros batallones de Tomsk y

Kolivansk iban á llegar al frente de los campamentos: empezó la lucha, lucha mortífera y desordenada, pues los adversarios se mezclan y casi se tocan, y, en medio de las tinieblas mal disipadas, los uniformes oscuros de los rusos se confunden con las capas de los soldados británicos. Al principio la fortuna parece abandonar á los ingleses: la mayor parte han sido sorprendidos durmiendo y á duras penas han podido formar sus filas: no pueden oponer más que un puñado de hombres á la

sus tenientes, el general Villebois, sucumbió á su lado: los regimientos de Tomsk, Kolivansk y Ekaterinenburgo perdieron sus coroneles. Entonces se vió cuán variables son los destinos de la guerra. Privados de sus jefes, intimidados por aquella resistencia inesperada, los rusos se detuvieron: al poco rato, bajo el fuego cada vez más mortífero de los ingleses, sus líneas empezaron á rodear, poco á poco retrocedieron, y, renunciando al fin á su ataque, se abrigaron en los repliegues del ba-



El general Bosquet

avalancha creciente de los regimientos enemigos; hasta la superioridad de sus carabinas de precisión, en la obscuridad, no les asegura más que una ventaja precaria. Los rusos se apoderaron de una de las pequeñas trincheras que cubrían las posiciones británicas, clavaron dos cañones y rompieron las cureñas. Su vanguardia penetró hasta el campamento. Parecía que todo estaba perdido, y el desastre, sin duda, hubiera sido completo si en aquel momento la columna Pavlof, procedente del puente de Inkermann, se hubiese lanzado toda entera sobre la meseta. Mientras tanto, la división ligera de sir Jorge Brown había tomado las armas, la brigada Buller dió la vuelta al barranco del Carenaje y tomó posición detrás de la brigada Pennefather; la brigada Codrington se desplegó al Oeste del barranco. Reanimados por estos refuerzos, los ingleses, después de un instante de estupor, recobraron ánimo y rectificaron sus líneas. Los albos, aún no muy vivos, pero algo más claros, les permitieron tomar bien la puntería. Su tiro preciso, lento, metódico, hizo crueles estragos en las masas rusas, reunidas en un espacio tan estrecho que era rara la bala perdida. Soimonof cayó mortalmente herido: uno de

ranc del Carenaje, no para rehacerse, sino para inmobilizarse hasta el final del combate. Tal fué la primera fase de la batalla.

Mientras los batallones de Soimonof, destinados á un éxito tan rápido y á una retirada tan pronta, libraban el primer ataque, la división del general Pavlof, procedente de la orilla derecha del Tchernaiá, había pasado el puente de Inkermann, aunque no sin dificultad ni retraso; luego se había dividido en dos columnas: la primera, compuesta de 10.000 hombres y provista de 96 piezas de artillería, acababa de emprender la marcha por el *camino de los Zapadores*, camino largo y apartado para ir á la meseta, pero cómodo y sobre todo propicio para la artillería; la segunda, formada por los dos regimientos de Tarutino y Borodino, había doblado en seguida á la izquierda y subía ya, por el *camino viejo de Posta*, el barranco de las Canteras. Aun duraba el combate entre las tropas británicas y las de Soimonof cuando los cazadores de los dos regimientos rusos aparecieron en las crestas, á la extrema derecha inglesa y muy cerca de la *batería de los sacos de tierra*. La brigada Adams, de la división Lacy-Evans, guardaba sola esta

parte del campo de batalla y no contaba más que unos 1.600 hombres: los ocho batallones de Tarutino y Borodino formaban una masa de más de 5.000 combatientes. Sin embargo, entablóse la lucha en torno de la batería: los ingleses procuraban compensar con la precisión de su tiro la inferioridad de sus fuerzas. La trinchera fué alternativamente conquistada, perdida y vuelta á tomar al fin por los rusos. En esta lucha desigual, la brigada Adams, á pesar de su valor, hubiera sucumbido si la brigada de los Guardias, llegando de sus campamentos cerca del Molino, no hubiese reanimado la resistencia agotada. En esto, las brigadas Pennefather, Buller y Codrington acababan de rechazar la columna Soimonof. El éxito del primer combate determinó la victoria del segundo. Libres de sus enemigos, Pennefather y Buller pudieron acudir á la batería. Los regimientos de Borodino y Tarutino empujados hacia el barranco de las Canteras y el valle del Tchernaia, del mismo modo que los soldados de Soimonof, acababan de ser rechazados al fondo del Carenaje.

Eran las ocho. Por quebrantados que se hallasen por sus pérdidas, los ingleses no podían quejarse de la fortuna. Pero les esperaba otra prueba, prueba tal que los sangrientos combates ya librados no parecen más que el prefacio de lo que va á seguir.

El grueso de la columna Pavlof, retrasada por su pesada artillería, subía lentamente el camino de los zapadores. Con esta columna iban el general Danneberg y los grandes duques Miguel y Nicolás. Componíanla tres regimientos de cuatro batallones cada uno: los regimientos de Okhotsk, de Iakoutsk y de Selenghinsk, regimientos numerosos, acostumbrados á todas las fatigas y orgullosos de la presencia de sus príncipes. De los extremos de la meseta se oía el ruido de los furgones ó de las piezas rodadas, mientras el canto del himno alzar, repetido con sombrío entusiasmo, subía á intervalos del fondo del valle. A las ocho y media aparecieron en lo alto del monte Inkermann los primeros destacamentos de cazadores; en seguida Danneberg ordenó el ataque y lanzó contra la extrema derecha británica el regimiento de Okhotsk. La batería de los sacos de tierra seguía siendo el objetivo del enemigo, y no sin razón, pues una vez definitivamente ocupada esta obra de defensa, los ingleses se verían envueltos por la derecha, separados del cuerpo de observación francés y cercados quizá sin esperanza de salvación. Detrás de la trinchera se hallaban los Guardias y los *Coldstream*, victoriosos de Tarutino y Borodino, pero extenuados: á la izquierda estaba formada la brigada Adams, valiente, pero tan debilitada que su socorro era insuficiente ó inseguro: las demás brigadas Pennefather, Buller y Codrington no se desplegaban sino mucho más lejos y vigilaban hacia las orillas del Carenaje los restos de la columna Soimonof. A pesar de la fatiga, Guardias y *Coldstream* se preparaban para una segunda acción. Entre ellos y los batallones de Okhotsk hubo entonces tal refriega que no se consigna otra más terrible en la historia de la guerra. Varias veces los rusos lograron asaltar el parapeto y meterse en la trinchera, pero cada vez fueron rechazados. Era una lucha cuerpo á cuerpo: los soldados se fusilaban á boca de jarro, se atacaban á la bayoneta, y, torcidas las bayonetas, se golpeaban con las culatas, con piedras y con fragmentos de armas. No se batían á

gritos, sino con una exaltación muda, sombría como las brumas de otoño flotando sobre el reducido campo de matanza. En torno de la batería en que Borodino y Tarutino han dejado ya sus restos, los cadáveres se amontonan: los combatientes resbalan en un fango empapado en sangre; los vivos tropiezan con los muertos, y los heridos se agitan en medio de sus compañeros que han expirado ya. En esta lucha cruel, los *Coldstream* pierden la tercera parte de su efectivo; el regimiento de Okhotsk ve caer á su coronel y á la mayor parte de sus oficiales. Sin embargo, los ingleses se ven dominados por el número, y ya un batallón ruso ha penetrado en la batería cuando un auxilio inopinado reanima las esperanzas. En presencia del inminente peligro, lord Raglán se ha decidido á desguarnecer el cuerpo de sitio y concentrar todas sus fuerzas hacia Inkermann. De su campamento de Karabelnaia llegan las brigadas Torrens y Goldie, de la división Cathcart, y la brigada John Campbell, de la división England. Sostenidos por estas nuevas tropas y apoyados por la brigada Adams, los *Coldstream* hacen una tentativa suprema; se rehacen un poco atrás y se arrojan de nuevo sobre la batería tomada por los rusos. Al mismo tiempo, sir Cathcart con la brigada Torrens se parapeta detrás de un repliegue del terreno y baja hacia la meseta, esperando dar la vuelta á la trinchera y atacar por el flanco al regimiento de Okhotsk. Este doble movimiento conduce á un doble fracaso. Los *Coldstream* no recuperan la batería sino para volverla á perder luego, pues los regimientos de Selenghinsk y de Iakoustk avanzan al combate y rechazan definitivamente á sus enemigos. En cuanto á sir Cathcart, su suerte es aún más lamentable: lejos de envolver al regimiento de Okhotsk, su columna es casi copada por los batallones recién llegados; para colmo de desdicha, se repliega hacia el reducto, creyéndolo ocupado todavía por los *Coldstream*, y cae bajo el fuego directo de los rusos dueños de la trinchera, y este espantoso error acaba de rendirlo.

Hacia tres horas que el combate duraba, y, á excepción de dos brigadas dejadas una en el bloqueo y la otra en Balaklava, lord Raglán había puesto en acción todas sus fuerzas, y estaban todas extenuadas. Las bajas eran proporcionalmente más numerosas entre la plana mayor y la oficialidad que entre los soldados: el teniente general Cathcart y los generales Goldie y Strangways acababan de ser mortalmente heridos: los generales Jorge Brown, Bentink, Adams, Torrens y Buller figuraban entre los heridos. En medio de semejante desastre, no le quedaba á Inglaterra más que un recurso. Detrás de ella, en la meseta meridional del Sapune, se alzaban los campamentos de sus aliados. La intervención de Francia va á decidir la suerte de la jornada.

Al primer ruido de la fusilería, el cuerpo de observación francés había tomado las armas. La noche era aún profunda, de modo que al principio no se supo la importancia de la acción empeñada, ni siquiera el punto preciso en que tenía efecto. El general Bosquet sospechó, sin embargo, que la lucha se había entablado en la meseta de Inkermann. Pronto la intensidad del cañoneo y las descargas repetidas de la mosquetería disiparon toda duda. No era una escaramuza, sino una verdadera batalla, y la atacada era la derecha inglesa. Al despuntar el día, Bosquet montó á caballo y acudió al campa-

mento del *Molino*. Allí encontró á sir Jorge Brown y á sir Cathcart y les ofreció el concurso de sus tropas. Era el momento en que los regimientos británicos acababan de arrojar al barranco del Carenaje los batallones de Soimonof, y esta primera victoria había inspirado una pasajera confianza. «Nuestras reservas son suficientes para hacer frente á las eventualidades, contestaron los dos generales; tened la bondad solamente de cubrir nuestra derecha á retaguardia de la trinchera inglesa (1).»

ser hábil á fuerza de ser manifiesta. El general Canrobert, que sobrevino entonces, confirmó la opinión de su teniente. Pero á la derecha inglesa el ruido repetido de las descargas revelaba una lucha encarnizada. «Id á Inkermann, dijo Bosquet á un ayudante de lord Raglán, allí va á pasar todo (2).» El mismo estaba nervioso, contaba los minutos y disimulaba apenas su impaciencia.

La espera cesó por fin. A las nueve llegó á galope tendido el coronel Stecle enviado por lord Raglán. «Los



Batalla de Inkermann

Sin perder tiempo, Bosquet reunió dos batallones, uno del 6.º de línea y otro del 7.º ligero, los confió al general Bourbaki y les hizo tomar posiciones á la derecha del *Molino*, cerca de una pequeña obra de defensa llamada el *reducto Canrobert*; prescribió sobre todo que estas tropas estuviesen dispuestas á marchar, pues no dudaba que el auxilio, considerado como superfluo, sería pronto reclamado.

Con el cañoneo de Inkermann se mezclaba otro cuyas detonaciones subían del llano á las alturas. Era el príncipe Gortchakof que, viniendo de Tchorgún, había desplegado sus tropas por el valle de Balaklava y operaba uno de los falsos ataques destinados, en el plan general, á asegurar la principal acción. Vuelto á su campamento é instalado cerca del *Telégrafo*, Bosquet observó durante algún tiempo aquella nueva evolución del enemigo. Un corto examen le tranquilizó. El cuerpo de ejército de Gortchakof era numeroso; pero la ofensiva era floja ó nula, y la división hasta dejaba de

ingleses son aplastados, exclamó con viva emoción; no hay momento que perder, si queremos tomar la revancha.—Ya lo sabía, replicó simplemente Bosquet. Id á decir á nuestros valientes aliados, añadió, que los franceses acuden á la carrera (3).» Y expidió al general Bourbaki la orden de marchar sobre Inkermann con sus dos batallones. Pero Bourbaki había adivinado ya los deseos de su jefe y abandonado el *reducto Canrobert*. No llevaba más que 1.600 hombres, fuerza muy débil sin duda, pero compuesta de tropas descansadas que iban á caer en medio de tropas rendidas de fatiga.

Eran cerca de las nueve y media. Los ingleses, definitivamente arrojados fuera de la batería, se retiraban hacia su campamento: algunos luchaban aún con la energía de la desesperación, pero muchos habían llegado á ese grado de extenuación que embota ó aniquila hasta el instinto de salvación: los había que desertaban de las filas para volver á sus tiendas, no por cobardía, sino por supremo cansancio ó invencible desaliento. De

(1) Fay, *Souvenirs de la guerre de Crimée*, pág. 125. — Parte del general Bosquet sobre la batalla de Inkermann (*Monitor* de 3 de diciembre de 1854).

(2) Fay, *Souvenirs de Crimée*, pág. 129.

(3) Fay, *Souvenirs de Crimée*, pág. 133.